

Violencia, medio ambiente y ciencia neoliberal en *La edad del barro* de Sara Rosenberg

Oscar A. Pérez
Skidmore College

Resumen: Este trabajo examina cómo *La edad del barro* (2003), de Sara Rosenberg, interpreta la confluencia de la ciencia neoliberal y la degradación del medio ambiente en la Argentina de finales del siglo XX. Se hace énfasis en el cuestionamiento que hace de la noción de progreso a través de un diálogo con “la novela de la tierra”, la representación de los expertos científicos y las relaciones entre humanos y no-humanos, y la presencia de paradigmas epistemológicos alternativos al de la ciencia neoliberal. Se propone que Rosenberg busca trazar una continuidad entre los años de la última dictadura y los gobiernos neoliberales de la democracia de los años noventa al establecer una conexión entre violencia política y ambiental. Asimismo, están presentes algunas de las preocupaciones de producciones culturales posteriores a la publicación de esta obra en relación con la justicia ambiental, el conocimiento científico, el rol de los expertos y los dilemas éticos en la representación de estas cuestiones.

Palabras Clave: ecocrítica, literatura y ciencia, memoria, literatura argentina, siglo XXI

Los últimos años han visto la publicación de una cantidad importante de obras literarias que exploran los efectos ambientales de prácticas tecnológicas y científicas neoliberales en el campo argentino, en particular aquellas relacionadas con la agricultura industrial a gran escala. Este tema surge en el contexto de tendencias y preocupaciones diversas en la producción literaria contemporánea de este país. A este respecto, Lucía De Leone ha prestado especial atención a dos fenómenos significativos e interrelacionados. Por un lado, De Leone ha descrito el surgimiento de un número importante de expresiones artísticas que se centran en lo rural y en las problemáticas del campo argentino (“Imaginaciones” 186). Este es un fenómeno que Gisela Heffes ha llamado “el giro rural” de la narrativa argentina (“Toxic Nature” 55). Por otro lado, un porcentaje importante de estas obras examinan los efectos en la salud, medioambientales, sociales y afectivos que han tenido las prácticas agroindustriales en el campo argentino, en particular las asociadas con el cultivo de soja transgénica (“Campos” 65). Obras como *Un pequeño mundo enfermo* (2014) de Cristian Molina (alias Julián Joven), *El viento que arrasa* (2012) de Selva Almada, *Distancia de rescate* (2014) de Samanta Schweblin, *Desmonte* (2015) de Gabriela Massuh o *Noxa* (2016) de María Inés Krimer ejemplifican esta tendencia a la que desde la crítica se le dedican cada vez más páginas. Por ello resulta notable que *La edad del barro* (2003) de Sara Rosenberg, una novela que de cierta forma anticipa preocupaciones recurrentes tanto de autores como críticos actuales, no haya recibido mayor atención. Rosenberg ubica su tercera novela en una localidad remota en el noroeste argentino. Este espacio se vuelve un microcosmos para explorar el papel de la ciencia y tecnología en el discurso neoliberal de desarrollo, la violencia y la justicia ambiental.¹ En este trabajo, se examina *La edad del barro* en el contexto en el que confluyen la llamada ciencia neoliberal y la degradación del medio ambiente en la Argentina de finales del siglo XX y principios del XXI. A través del diálogo con géneros clásicos como la novela de la tierra, la caracterización de personajes expertos y la relación de inseparabilidad entre diferentes expresiones de violencia, Rosenberg señala las contradicciones del modelo de ciencia neoliberal y traza una continuidad entre los años de la última dictadura y los gobiernos de la democracia de los años noventa. Además, *La edad del barro* prefigura algunas de las preocupaciones de producciones culturales posteriores relacionadas con la salud ambiental, el conocimiento científico, el rol de los expertos y los dilemas éticos inherentes a la representación de estas cuestiones.

Ciencia neoliberal

A partir de la década de los ochenta, surgen en el occidente regímenes neoliberales de gestión de la ciencia que marcan un cambio significativo de las políticas científicas durante la guerra fría (Lave et al. 667). Este modelo de ciencia neoliberal insiste en la comercialización y privatización del conocimiento y la reducción en la financiación gubernamental de la investigación en instituciones públicas, así como una agresiva promoción y protección de la propiedad intelectual, como en el caso de las patentes (Lave et al. 665-666). Si bien este modelo tiene su epicentro en los Estados Unidos, la expansión global del neoliberalismo llevó este régimen científico a otras latitudes. Por ejemplo, hubo presión desde el norte global para que la región latinoamericana se integrara plenamente a la internacionalización de la propiedad intelectual (Hurtado y Zubeldía 10). La adopción entusiasta del neoliberalismo en Argentina a partir de los años setenta por la junta militar, y luego por gobiernos de la democracia en las décadas de los ochenta y noventa, tuvo como consecuencia la promoción de un régimen de ciencia neoliberal, aunque con ciertas particularidades. Durante el llamado Proceso de Reorganización Nacional, el modelo económico que favoreció a la élite empresarial impulsado por la dictadura trajo importantes cambios en la gestión de la ciencia en el país. Algunos de los cambios incluyeron la transferencia de recursos desde las universidades hacia otras instituciones que el régimen

1. Aunque definir el concepto de justicia ambiental es complicado (a esta tarea se le ha dedicado una enorme cantidad de páginas en los últimos años), en este trabajo se piensa en la justicia ambiental en base a un principio que aparece de manera recurrente en distintas definiciones: el derecho a vivir en un ambiente saludable.

percibía como menos proclives al activismo político como el CONICET. Estas reformas en la financiación centralizaban el poder —y por lo tanto la dirección de la investigación— en los directores de los institutos dependientes de dicho organismo, y la promoción de programas enfocados en la ciencia aplicada y la industria apoyados en parte con recursos venidos del exterior, en particular del Banco Interamericano de Desarrollo (Feld 47-57). Con el regreso de la democracia, las políticas científicas oficiales de los gobiernos de Carlos Menem y Fernando de la Rúa estuvieron enfocadas en fortalecer los vínculos entre el sector científico de la academia y el sector productivo, un impulso que estos gobiernos entendieron como la modernización tecnológica desde la iniciativa privada (Buschini y Di Bello 156). Sin embargo, esta política de vinculación ocurrió principalmente en el campo de la retórica. La desarticulación de sectores estratégicos, la apertura a un modelo económico especulativo, la falta de interés entre el sector privado por alianzas con el académico y la escasa financiación de instituciones públicas de investigación generaron un ambiente que desalentó la generación de conocimiento científico en el país (Hurtado y Zubeldía 13). En general, el objetivo del modelo de ciencia neoliberal argentino fue reemplazar un paradigma de desarrollo social como empresa colectiva por un modelo de producción de conocimiento que privilegiara iniciativas individualistas como el emprendedurismo (Hurtado y Zubeldía 12).

El modelo neoliberal también tuvo un gran impacto en políticas ambientales. La dictadura militar vio los movimientos de protección y preservación del medio ambiente como posibles fuentes de subversión ideológica, por lo que reprimió acciones desde la sociedad civil a este respecto y construyó una estructura gubernamental favorable para su programa económico y político (Gutiérrez e Isuani 300). Más tarde, a partir de los años ochenta, “la revolución neoliberal” impulsó la expansión de procesos comerciales en la esfera de la vida, inaugurando la era biotecnológica (Cooper 3). En términos de política pública, desde los Estados Unidos se promovieron conjuntamente una agenda antiambientalista y una gran inversión en biotecnologías comercializables, lo que Melinda Cooper llama “vitalismo de libre mercado” (18). En la Argentina de la década de los noventa, el interés gubernamental por el medio ambiente se vio definido por la intención del gobierno de Menem de ajustarse a la agenda de organismos internacionales (Gutiérrez e Isuani 304). Sin embargo, bajo el paradigma retórico del desarrollo sostenible, la adopción de políticas económicas neoliberales tenía prioridad sobre preocupaciones de tipo ambiental. Esto se puede ver en particular en la transformación del campo argentino, en donde se expandieron de manera espectacular las tierras dedicadas a la agricultura industrial de gran escala basada en monocultivos, como el de la soja (Leguizamón 49). Este modelo agrícola ha tenido consecuencias ambientales significativas, incluyendo la destrucción de hábitats, la degradación de suelos cultivables y la toxicidad asociada con el uso de grandes cantidades de agroquímicos. En este trabajo me interesa analizar cómo Sara Rosenberg construye en *La edad del barro* el contexto anterior.

La barbarie del progreso en *La edad del barro*

Además de *La edad del barro*, Sara Rosenberg ha escrito las novelas *Un hilo rojo* (1998), *Cuaderno de invierno* (2000) y *Contraluz* (2008). La crítica ha destacado que la suya es “una escritura ética y políticamente comprometida” (Ostrov 83). En efecto, la narrativa de Rosenberg no solo no rehúye a preguntas en la convergencia de la política, la ética y la representación, sino que las plantea directamente. En esta encrucijada, la violencia en sus diversas formas es un tema recurrente, constituyéndose en un *leitmotiv* (Rosier, “Violencia” 201). De todas sus obras, sin duda *Un hilo rojo* es la más estudiada. Claire Emilie Martin la describe como un relato biográfico que es a su vez el registro de una era —la de la última dictadura— que persiste a pesar de intentos

durante los años ochenta y noventa por suprimir la memoria (255). La misma autora reconoce su interés por esta cuestión cuando, refiriéndose a *Contraluz*, señala cómo busca explorar “la pervivencia de la violencia estatal dentro de una sociedad aparentemente democrática” (Rosier, “Entre violencia” 199). Este es un proyecto que está también presente en *La edad del barro*, en donde la violencia ejercida en contra de seres humanos y no-humanos, y contra el medioambiente mismo, se puede leer como la continuación de la violencia estatal del régimen militar durante la democracia, una violencia alimentada y sostenida por el capitalismo neoliberal.

Antes de leer la primera palabra de *La edad del barro*, la autora presenta un par de epígrafes. El primero, un par de versos de la pluma del poeta venezolano Gonzalo García Bustillos: “En el remanso están mis muertos, / íntimos vigilantes de la utopía” (Rosenberg 9). Estos versos vienen del poema “Vigilantes de la utopía”, incluido en la colección *De barro son los espejos*. Una discusión detallada de la influencia de la colección de García Bustillos en la novela de Rosenberg supera los alcances de esta reflexión, pero desde el título queda claro que la autora la tiene presente en todo momento (no es casualidad que en el final de *La edad del barro* uno de los personajes principales tenga en su mano un espejo mientras camina en el barro rumbo a su muerte). El poema de García Bustillos es una meditación sobre un pasado que se desmorona y al mismo tiempo se rehúsa a desaparecer por completo. En el contexto de la novela, el epígrafe se puede leer como una referencia a los desaparecidos cuyos restos yacen en el fondo de uno de los lagos de la zona, pero también, de manera más general, al pasado de violencia y terror sobre el que la utopía neoliberal argentina fue fundada.

El segundo epígrafe viene de la pieza teatral *Vida de Galileo*, de Bertolt Brecht, una de las obras del dramaturgo alemán que ha recibido mayor atención de la crítica. La cita particular rescata una intervención de Galileo en la que critica el actuar de algunos de sus colegas: “Si los científicos, intimidados por los poderosos egoístas, se contentan con acumular ciencia por la ciencia misma, se la mutilará y vuestras nuevas máquinas significarán sólo nuevos sufrimientos” (Rosenberg 9). Más adelante, Galileo se muestra pesimista al respecto, al expresar: “tal como están las cosas lo más que se puede esperar es una estirpe de enanos inventores dispuestos a alquilarse para todo” (9). Galileo mismo le advierte a su interlocutor, un joven científico y antiguo discípulo: “Quizá descubráis con el tiempo todo lo que haya que descubrir, pero vuestro progreso será sólo un alejamiento progresivo de la humanidad” (9). Daniel Clavijo-Tavera señala que precisamente en esta intervención se puede ver uno de los temas centrales de la obra de Brecht: el cuestionamiento del papel del intelectual en la sociedad y su relación frente al poder (60). La postura de Galileo en esta pieza teatral bien podría referirse a la crítica que hace Rosenberg de científicos alineados con la agenda de la ciencia neoliberal en Argentina en particular y Latinoamérica más generalmente. La novela en sí es un alegato contra la falta de interés en la justicia ambiental por parte de la élite científica y la agenda de desarrollo tecnocientífico de los gobiernos neoliberales durante la última parte del siglo XX y principios del siglo XXI. Estos dos paratextos resumen muy bien las preocupaciones de la autora y los grandes temas de la novela.

La edad del barro está dividida en veinticuatro capítulos, todos ellos contados desde la perspectiva de un narrador omnisciente. La novela está estructurada a partir de dos historias intercaladas que convergen. Por un lado, el narrador sigue al biólogo francés de origen argentino Francois Jofré y su proyecto para salvar de la extinción a una especie de rana. Por otro lado, se presenta la historia de Alejandro (luego Fermín Caicedo), el hijo repudiado del político y antiguo jefe militar Rafael Aróstegui.

La novela inicia con el viaje de Jofré desde Montpellier hacia una comunidad rural en Argentina. A primera vista, la misión de Jofré podría parecer la campaña de un individuo ilustrado en un ambiente dominado por las fuerzas avasalladoras de la naturaleza y del cacique local. Este escenario remite a narrativas regionalistas de la primera mitad del siglo XX, en particular aquellas que tienden a personificar la dicotomía entre civilización y barbarie, como la “novela de la tierra”. Por ejemplo, Jerry Hoeg nota que en *Doña Bárbara* (1929) de Rómulo Gallegos, una de las obras en donde se puede ver esta cuestión, la llegada del protagonista de la novela a los llanos venezolanos es una fuerza que trae “the enlightening, domesticating, and pacifying effects of civilization from the city onto this wild landscape and its equally wild and untamed inhabitants, setting up the novel’s primary conflict, that of civilization versus barbarism” (117). Desde la crítica se ha señalado el papel central que tiene la relación entre los humanos y el medio ambiente en el conflicto entre civilización y barbarie en dichas narrativas, en las que con frecuencia se resaltan los grandes cambios ecológicos en los ambientes latinoamericanos resultado de la implementación de nuevas tecnologías en la producción agrícola y la extracción de hidrocarburos (DeVries 162).

En *La edad del barro*, Rosenberg reimagina el conflicto entre civilización y barbarie para cuestionar y poner en evidencia las contradicciones del proyecto civilizador en el contexto de la Argentina de finales del siglo XX. En sus páginas se encuentran referencias al discurso positivista de orden y progreso desplegado en la región latinoamericana más de un siglo atrás, reafirmando la noción de un pasado que permea y moldea el presente. Pero a diferencia de algunas narrativas regionalistas de la primera mitad del siglo XX, en la novela de Rosenberg la labor civilizadora se asocia de manera explícita con la violencia y la opresión. A este respecto, es clave que sea Rafael Aróstegui, el cacique local, quien haga eco del discurso de “orden y progreso” de los siglos XIX y XX²: “Éste es un pueblo de bestias negado a cualquier progreso, les gusta vivir en la edad de piedra y para gobernarlos hace falta gente enérgica” (129). Que sea Rafael Aróstegui —un militar responsable de innumerables atrocidades durante la última dictadura y hasta el presente diegético— quien articule esta visión es clave. Aróstegui no solo está detrás del asesinato y desaparición de múltiples personas, también es el principal impulsor de la construcción de una carretera que será usada para dar acceso a la construcción de un depósito de desechos nucleares. En cierto sentido, Aróstegui se construye como el heredero de la visión de aquel Santos Luzardo de *Doña Bárbara* cuando exclama: “El progreso penetrará en la llanura y la barbarie retrocederá vencida. Tal vez nosotros no alcanzaremos a verlo; pero sangre nuestra palpitará en la emoción de quien lo vea” (Gallegos 123). A través del personaje de Aróstegui, la autora no solo plantea la continuidad de la violencia política llevada a cabo durante la última dictadura, sino que inscribe dicha violencia en el afán civilizador de regímenes anteriores y posteriores, conectando las atrocidades de ese régimen con la violencia contra humanos, no-humanos y medio ambiente perpetrada en el nombre del llamado progreso. En este sentido, no resulta sorprendente que Aróstegui recurra a la animalización para reforzar el contraste entre el progreso neoliberal y la resistencia contra este modelo por parte de los habitantes. No obstante, la postura del general es desafiada a lo largo de la obra de distintas maneras. El narrador detalla información y conversaciones que ponen en evidencia las verdaderas intenciones de Aróstegui. Se trata de un ególatra movido por intereses económicos a quien nada le importa el bienestar de la comunidad o la salud de los ecosistemas circundantes. El uso del eufemismo “gente enérgica” en su intervención deja claro que dicho personaje ve en el llamado progreso una justificación para la represión. Más aun, la antítesis entre “gente enérgica” y “pueblo de bestias” superpone una serie de dicotomías: civilizado/salvaje, sujetos/objetos, opresores/oprimidos, humanos/no-humanos. Las coincidencias entre estas categorías son, desde luego,

2. “Orden y progreso” es una expresión inspirada en el pensamiento positivista de Auguste Comte que a fines del siglo XIX y principios del XX funcionó como base ideológica de múltiples regímenes en América Latina (ver Clark).

poco fortuitas; son fundamentales para el proyecto de la modernidad.³

Del progreso positivista al neoliberalismo

Rosenberg no solo asocia el discurso de progreso positivista con la violencia política y ambiental personificada en Aróstegui, sino que plantea una crítica explícita a través del personaje Jofré, el foráneo letrado que decide cruzar el Atlántico para evitar seguir “sosteniendo por inercia el perverso sentido de progreso que la industria científico técnica y el mercado requerían” (16). Aquí Jofré hace explícitas las fuerzas mercantiles detrás de la ciencia neoliberal criticada a lo largo de la novela. Si, como Jennifer French propone, la novela regionalista hispanoamericana de la primera mitad del siglo XX representa las formas económicas predominantes de la época y la incorporación de la región en el sistema capitalista internacional (13), de manera análoga, la novela de Rosenberg muestra los efectos sociales y ambientales del neoliberalismo.

La crítica hacia la ciencia neoliberal es una constante a lo largo de la novela. En un momento de reflexión sobre las frustraciones del protagonista, el narrador declara: “Si las ranas pudieran patentarse tal como habían hecho con casi todas las semillas, un rebaño de falsos investigadores estaría ahora persiguiéndolas, provocándoles alguna mutación genética y apropiándose de ellas” (132). Este reproche tiene como fondo el proyecto de conservación emprendido por Francois Jofré. Evitar la extinción de la llamada rana Dorset es una labor que no le reporta ganancias económicas de ningún tipo al científico. La misión de Jofré se contrapone a un modelo de generación de conocimiento sustentado en la lógica capitalista, y de ahí la falta de interés de sus colegas por esta área de estudio. Además, la cita engloba una serie de preocupaciones y temas que son centrales en la obra de Rosenberg. En primer lugar, lanza una crítica contra investigadores que ven el beneficio propio como fin último de su trabajo y como eje de su relación con otros seres no humanos. En segundo lugar, esta cita se puede leer como una alusión al empuje en la investigación biotecnológica agrícola que fue determinante para la transformación del campo argentino desde la década de los noventa. Finalmente, en ella se resume la postura general de la obra en oposición a modelos de producción científica alineados con el neoliberalismo.

La conciencia de ser partícipe en un sistema de ciencia neoliberal lleva a Jofré al pesimismo y la apatía, buscando refugiarse en su misión para salvar a las ranas antes de responder a las necesidades de la comunidad en la que lleva a cabo su investigación. Esta posición se hace explícita cuando el periodista Gustavo Birbak quiere saber por qué Jofré dejó Europa si allá existe un movimiento ecologista importante. La respuesta del biólogo es reveladora:

No formo parte del movimiento ecologista. Creo que es preciso cambiar ciertos conceptos básicos antes, porque cualquier propuesta aislada del contexto político es un sin sentido. La industria química y farmacológica controla las decisiones de los gobiernos que se llaman democráticos y nosotros no podemos ser más que obedientes empleados. Si no fuera así, la investigación se dirigiría hacia otros campos mucho más urgentes. Digamos que como no puedo cambiar ese rumbo y como no tengo fuerza he dimitido para no colaborar. (90)

En esta intervención, Jofré señala nuevamente cómo los intereses económicos, y no el bienestar de humanos y no-humanos, es la fuerza detrás de las grandes industrias científicas. También hace explícita la conexión entre ciencia y política. La referencia directa a la influencia de este modelo de producción de conocimiento científico en gobiernos democráticos alude al régimen de ciencia neoliberal argentino del

3. Como nos recuerda Gisela Heffes, desde los estudios poscoloniales se ha señalado que el tratamiento instrumental de humanos y no-humanos categorizados como “naturaleza explotable” es clave para los proyectos europeos de colonización y dominación global (“Políticas” 62).

cambio de siglo y anticipa el enorme poder actual de las industrias química y biotecnológica en la producción agrícola argentina. No obstante, para este personaje pasa inadvertida la contradicción implícita en la última frase. El paralelismo que equipara la falta de agencia con la lasitud del científico adelanta la falacia de la cláusula final. La estructura sintáctica funciona en este mismo sentido. Al anteponer sus convicciones —que dan claves sobre el carácter de Jofré— a sus acciones, se pone en duda la capacidad del científico de “dimitir” y “no colaborar”. En otras palabras, ¿es capaz de abandonar un sistema tan poderoso un individuo sin agencia ni voluntad? En efecto, al mantenerse al margen de las luchas en favor de la justicia ambiental y depender económicamente de los fondos provistos por su universidad en Montpellier, el biólogo, lo quiera o no, consciente o inconscientemente, sigue participando en este sistema de producción de conocimiento.

Desde los primeros capítulos se percibe la intención de reconocer las contradicciones en la capacidad de resistencia del científico y descentrarlo. El biólogo se enfrenta a una crisis existencial que lo hace dejar una relación romántica y su rol de profesor en una universidad francesa después de la muerte de Louis, un amigo y colega. La búsqueda de un sentido renovado para su vida lo lleva a cruzar el Atlántico. En principio, su objetivo es continuar la labor de conservación de su amigo al introducir la especie amenazada en el bosque subtropical argentino, estudiar su desarrollo y esperar que algunos especímenes se adapten y prosperen en este ambiente. Si bien la motivación del biólogo se podría ver como una acción redentora motivada por el compromiso con su amigo suicidado y una toma de conciencia ante la crisis ambiental, el narrador disputa de manera repetida dicha misión. El cuestionamiento sobre el impacto y la importancia de la misión de Jofré aparece pronto y surge en un momento de reflexión del científico mismo: “Tal vez hubiera sido mejor abandonar las ranas de Louis en Montpellier y dedicarse sólo a regenerar lo que ya había” (54). Desde el punto de vista de la biología de conservación, la introducción de una nueva especie de rana en este hábitat antes de luchar por la conservación de especies nativas probablemente no sería la opción más popular. Así, esta cuestión muestra dos puntos de vista sobre la sustentabilidad. Por un lado, el Jofré de la primera parte de la novela encarna una visión de conservacionismo que en principio tiene poca consideración por los habitantes, humanos y no-humanos, de regiones en la periferia. En particular, en su afán por salvar de la extinción a la rana Dorset, el biólogo está introduciendo esta especie en un hábitat nuevo. Además, no solo no hace una reflexión profunda sobre los efectos negativos posibles que la presencia de esta nueva especie podría tener en ese hábitat, sino que evita involucrarse en causas de protección ambiental urgentes para esa comunidad. En repetidas ocasiones, Jofré muestra desinterés por obras que mejorarían la calidad de vida de la comunidad, como la crianza de otra especie de ranas comestibles o la construcción de una planta de purificación de agua para llevar agua potable a los vecinos. Sólo decide involucrarse en los movimientos de activismo ambiental local hasta que se da cuenta que mantenerse al margen pone en riesgo los avances y la continuación de su investigación, ya que ambos están en peligro por la expropiación de tierras necesaria para llevar a cabo los proyectos de infraestructura apoyados por el gobierno y la iniciativa privada.

Sin embargo, según advierte el narrador, la misión de Jofré no está totalmente desconectada de la realidad. Las ranas funcionan como un símbolo debajo del cual subyacen diversas preocupaciones en la intersección de la ciencia, la tecnología y el medio ambiente. Más allá de lo profundamente trágico de atestiguar la extinción de una especie, las ranas actúan como un “termómetro” de la salud del ecosistema que habitan (14). Este rol se vuelve claro cuando el científico y su equipo se enfrentan a la presencia de “restos de cloro, fósforo y nitrato como

para matar a un elefante” en los lagos en donde se busca introducir las ranas (53). El origen de estos contaminantes no está claro, aunque se sabe que una parte se debe a la presencia de fábricas de papel y el uso de agroquímicos en la zona. De manera análoga, uno de los principales problemas que enfrenta esta comunidad es la escasez de agua potable. Así, la contaminación del agua pone en evidencia las interconexiones entre humanos y no-humanos. El biólogo piensa que a medida que su investigación avance, las personas a su alrededor “terminarían por entender que todo estaba relacionado y que la crianza de las ranas significaba también la recuperación del agua” (54). Esta visión hasta cierto punto ingenua del científico no es negada directamente en la diégesis, después de todo su apreciación es consistente con una visión compleja de la salud de los ecosistemas. Lo que sí se cuestiona en diversos momentos es la desconexión de esta postura con la realidad de la zona y lo poco efectiva que resulta para lograr cambios importantes.

A pesar del papel significativo del antagonismo entre Aróstegui y Jofré —y las maneras en que uno y otro entienden la relación entre ciencia, tecnología y medio ambiente en este entorno—, la novela plantea una historia que cuestiona y termina por superar dicha dicotomía para darle énfasis a la labor relacionada con la justicia ambiental de los habitantes de la comunidad. La visión maniqueísta de Aróstegui y la pasividad de Jofré son desafiadas por el activismo de algunos de los miembros de la comunidad local. En primer lugar se tiene a Diego Herrero, el colaborador local de Jofré, quien espera que su participación en el proyecto le ayude a conseguir financiamiento para solucionar la falta de acceso a agua potable en el pueblo; también está Regina Fenochio, una profesora universitaria que lidera la campaña en contra de la construcción de la carretera porque está convencida que será el primer paso para establecer un almacén de residuos radioactivos, o Gustavo Birbak, un periodista que trabaja en un documental para mostrar los efectos negativos de la tala del bosque de la región. A pesar de la tiranía del líder local, estos personajes realizan un trabajo constante de activismo y justicia ambientales.

Enfermedades mentales y saberes alternativos

De manera paralela a la historia de Jofré y las luchas por justicia ambiental de los habitantes de la comunidad a la que llega, la autora introduce la historia de Alejandro. Alejandro es hijo de Rafael Aróstegui, el general que mantiene un régimen de opresión en la comunidad. Este personaje crece en las sombras de su familia, la cual se avergüenza por el comportamiento y la salud mental del joven. El tema de la salud mental resulta significativo, pues en este campo la autora continúa con su cuestionamiento de la ciencia interesada en el beneficio económico alineada con el poder. Los médicos del pueblo son un buen ejemplo. Por un lado está a Ramiro Matei, un médico cercano a la familia Aróstegui. La proximidad de Matei al poder le garantiza ciertos beneficios económicos y profesionales. A cambio, este profesional pone al servicio de Aróstegui y su familia las herramientas de la ciencia, incluyendo el diagnóstico y tratamiento del hijo repudiado del general. Por otro lado está el doctor Hernán Martínez, director del sanatorio para enfermos mentales del pueblo. Este profesional médico es representado como un personaje desencantado que busca subir en el sistema burocrático pero cuya lejanía de los centros de poder ha estancado su carrera. Gracias a una beca del gobierno, pasó un mes y medio en los Estados Unidos, a donde tiene la esperanza de volver. En su desencanto, Martínez se alinea con la perspectiva de Aróstegui y en oposición a la Jofré. En un diálogo que los dos hombres de ciencia mantienen, cuando el biólogo expresa que “hay muchas formas de entender el progreso” (198), el médico responde: “El progreso [...] es sólo uno, profesor. Sea quien sea quien lo lleve adelante, militares, civiles, buenos, malos, todos van a robar ya lo sabemos, pero en este pantano las carreteras son indispensables” (198). La generalización de

Martínez, que intenta equiparar la ambición de grupos dispares, le sirve para justificar una posición favorable a los intereses del cacique. Sin embargo, el cuestionamiento de este punto de vista no tarda en llegar. Poco después de este encuentro, cuando Martínez se dirige a una entrevista con Aróstegui de la que espera sacar beneficios personales, el doctor es asesinado por órdenes del general.

Cuando el narrador fija su atención en Alejandro, está claro que favorece la visión del personaje por sobre la de quienes le rodean. Es revelador que la novela cuestione el diagnóstico de los médicos locales de manera repetida:

Más tarde dijeron que la insolencia era una enfermedad que ni los largos encierros podían curar. Cuando todavía hablaba [Alejandro], y casi siempre que intentaba hacerlo, enseguida alguien le respondía con un grito, o bien un golpe en la cara o en la espalda que lo dejaba sin aire por unos instantes. Entonces, se quedaba confuso, olvidaba lo que había dicho y se perdía entre las paredes de su cuarto que casi siempre cerraban con llave. (26)

Como en este fragmento, la autora se vale del narrador omnisciente para privilegiar la perspectiva del hijo del general a lo largo de la obra. Para ello, recurre a varias de las estrategias narrativas aquí presentes. Primero, en el punto de vista de este personaje dominan sus experiencias sensoriales y emociones por sobre la razón. Es decir, en los momentos en los que el narrador se adentra en el cuerpo del personaje, hay una intencionalidad clara por verbalizar las emociones y sentimientos que él experimenta (“se quedaba confuso”, “olvidaba lo que había dicho”). Esta característica les permite a los lectores establecer una conexión afectiva con el personaje y conocer un poco mejor su visión del mundo. Segundo, es a través del cuerpo que Alejandro se conecta con el mundo, su conocimiento es somático, lo que le permite establecer relaciones menos antropocéntricas con otros seres no-humanos y el ambiente que le rodea (por ejemplo, a través de descripciones y caracterizaciones que borran los límites entre Alejandro y el mundo más que humano: “el sonido de su garganta se confundió con el ruido de los animales” [224], “desaparecía en la espesura sin mover ni una rama” [229], “[v]olvía a estar en el cuerpo unicelular de un protozooario” [235]). Así, Alejandro se vuelve un personaje clave en el proyecto de Rosenberg.

El pasaje citado con anterioridad también ilustra el carácter subjetivo de la enfermedad de Alejandro al identificarla como “insolencia”. Y en efecto, a menudo su familia y otros personajes con los que interactúa describen su comportamiento como insolente. Es decir, se patologiza la oposición a las estructuras de poder. Aquí se ponen en evidencia los maltratos físicos y psicológicos a los que es sometido desde la infancia. Es significativo que la violencia venga como una respuesta enérgica a intentos de levantar la voz, una cuestión reforzada con las repetidas referencias a la comunicación verbal (“dijeron”, “hablaba”, “le respondía”, “habían dicho”). La descripción del trato que recibe Alejandro conecta la violencia política que Aróstegui fomenta en la región con la violencia parental. Fernando Reati ha identificado la relación padre-hijo/a como un tema repetido en la narrativa argentina de finales del siglo XX y principios del XXI. Reati propone que en esta coincidencia se pueden ver ecos de

la muerte de las utopías y de los ‘padres de la Patria’, con el corte intergeneracional causado por la desaparición de miles de jóvenes en los 70, e incluso de la Argentina familiar en los años de neoliberalismo y achicamiento del Estado benefactor. (171)

padre/país y la metáfora del cuerpo enfermo, en donde se superponen diversas instituciones del aparato discursivo de control, incluyendo el sistema médico (174). En este sentido, el padre enfermo se vuelve una metonimia de un país en decadencia o de una Argentina autoritaria debilitada pero viva.

La relación padre-hijo en *La edad del barro* sin duda se puede leer en esta clave metonímica, mas a diferencia de las novelas centradas en la figura del padre enfermo, aquí el hijo institucionalizado bajo la opresión del padre habla de un pasado cuya influencia en el presente está lejos de ceder. A este respecto, Roxana Juárez ha señalado cómo la relación padre-hijo entre el general y Alejandro muestra las dificultades para establecer vínculos filiales cuando se tienen linajes familiares “incómodos”, haciendo eco de los diálogos en la sociedad argentina sobre las consecuencias de los regímenes dictatoriales (Juárez 116). Para Juárez “la comunicación trunca e inservible”, personificada en Alejandro y recurrente a lo largo de la obra, es también un síntoma del neoliberalismo. En esta novela, múltiples personajes buscan entablar comunicación de manera infructuosa a través de diferentes medios, incluyendo cartas, dibujos y mensajes. De acuerdo con Juárez, esta imposibilidad de comunicación representa “la omnipresencia de un capitalismo descarnado, orden dominante para el cual las vidas son números útiles solo para cerrar balances gananciales; son bienes de uso y no interlocutores válidos” (117). En efecto, los múltiples obstáculos al proceso comunicativo a los que se enfrentan los personajes de la novela reafirman este argumento. No obstante, en la novela se proponen formas alternativas de comunicación que desafían los límites impuestos por el sistema económico y el paradigma de la ciencia neoliberal, específicamente al explorar el territorio de lo sobrenatural.

Además de la ciencia, en el universo narrativo de *La edad del barro* están presentes otros paradigmas epistemológicos. Volviendo a la novela de Rómulo Gallegos, Jonathan Tittler afirma que la dicotomía entre civilización y barbarie presente en *Doña Bárbara* no está relacionada con el conflicto entre los humanos y la naturaleza, sino que alude a una lucha dentro de la naturaleza humana misma (25). En este sentido, de acuerdo con Tittler, la proclividad de la antagonista hacia la superstición y la magia es un símbolo de las emociones humanas más bajas a las que hay que combatir. Así, la maldad de Doña Bárbara no estaría determinada por su cercanía a fuerzas supuestamente satánicas sino por su lejanía de la racionalidad occidental (25). En *La edad del barro*, Rosenberg cuestiona este sesgo epistemológico al expandir la diégesis hacia territorios fuera del alcance de la racionalidad ilustrada. La relación entre Diego y su pareja, Angélica, le sirve a la autora para examinar diferentes formas de conocer y relacionarse con su entorno. De acuerdo con el narrador, “cuando Diego hablaba de ciencia médica o de cualquier otra ciencia era como si hablara de un dios todopoderoso” (65). Por medio del símil, Rosenberg lleva la confianza de Diego en la ciencia al campo de la fe, lo que limita su visión del mundo. Mientras tanto, Angélica es lectora frecuente del tarot y está en constante comunicación con su hermano y madre muertos, con quienes mantiene conversaciones animadas presentadas de manera explícita en la novela. Este fenómeno sobrenatural tiene una relación íntima con el mundo más que humano: “Hay que saber escuchar a las hojas. Era la voz de su hermano la que hablaba en el viento” (61). Cabe aclarar que *La edad del barro* no propone al espiritismo, la adivinación o a los seguidores de la llamada “Teoría del reencuentro de las partículas” como alternativas al conocimiento científico —por ejemplo, se critica a dichos seguidores por su desinterés en los problemas de la comunidad. No obstante, sí abre la posibilidad a paradigmas epistemológicos más allá de la ciencia. Esto se vuelve claro en la percepción que tiene la pareja sobre el estado de Angélica tras la muerte de su madre. Diego insiste en un tratamiento médico. Angélica por su parte tiene una percepción distinta: “Tampoco [Angélica] entendía de qué quería curarla [Diego], porque lo único que sucedía era

que desde el suicidio de su madre no tenía ganas de hacer el amor, y no había motivo para pensar que eso fuera una enfermedad” (65). La fe de Diego en la ciencia lo lleva a medicalizar el sentimiento de pérdida de su pareja y a interpretar el que ella no satisfaga sus necesidades afectivas como síntoma inequívoco de alguna patología. Por su parte, la experiencia de Angélica como trabajadora en el sanatorio para enfermos mentales añade un nivel de escepticismo, pues ahí ve cómo los médicos “[n]ombraban y clasificaban las enfermedades que no tenían más origen que la soledad y recetaban sin piedad psicofármacos para que no los molestaran, hasta que la gente se volvía zombie” (65). En este sentido, la novela plantea la contraposición de modelos de generación, cogeneración y circulación de conocimiento y su impacto en la salud de comunidades rurales.

La memoria del barro

La estructura de la novela misma busca enfatizar la pluralidad y diversidad de voces. Como en el caso de Diego y Angélica, el narrador dirige su atención hacia diferentes personajes a lo largo de la obra. Si bien Francois y Alejandro son los ejes que le dan unidad y continuidad al argumento, Rosenberg presenta las historias, motivaciones y perspectivas de muchos otros habitantes de la zona para enfatizar lo que Beatriz Sarlo ha llamado “actos de rebelión cotidiana” capturados por “el giro subjetivo” de la historia (18). En otras palabras, al poner atención en múltiples perspectivas y las estrategias que movilizan varios personajes para resistir la opresión a la que se enfrentan, la novela resiste la imposición de una versión hegemónica de la historia. Esta estrategia ha sido señalada por críticos de la obra de Rosenberg con anterioridad. De acuerdo con Denise León, “la reconfiguración nunca acabada de historias divergentes, superpuestas, de las cuales ninguna puede aspirar a tener la mayor representatividad” en *Un hilo rojo*, la ópera prima de Rosenberg, aproxima a la novela a una estética realista biográfica (119). En *La edad del barro*, esta fragmentación cumple una función distinta: genera una perspectiva multifocal fundamental para hacer la conexión entre las violencias del pasado y las violencias a las que se enfrentan los habitantes de la zona en el presente. Capítulo tras capítulo, la autora se vale de la analepsis para romper la rigidez del tiempo lineal, transportando a los lectores entre el presente y distintos momentos en el pasado con insistencia. Varios personajes hacen alusiones al periodo de terror de la última dictadura argentina. No obstante, la violencia que ocurre en el presente establece una continuidad, un régimen opresivo que no terminó con la caída de la dictadura, sino que persiste transfigurado en la democracia. Esta conexión se hace a través de Diego, quien en una conversación con Francois decide guardar silencio para no “explicarle que la gente había retrocedido tanto como para terminar votando al mismo general que pocos años antes había detenido, torturado y asesinado a miles de personas” (53). El tema de la imposibilidad de comunicación surge de nuevo, ya no como referencia directa al capitalismo descarnado, sino en conexión con la violencia. La reticencia de Diego para expresar en voz alta esta aparente contradicción está sustentada en al menos dos motivos expresados en la diégesis: la desilusión y el miedo. El miedo es una fuerza que permea la vida de la comunidad, como recuerda el narrador con respecto a la violencia que experimenta Alejandro: “El dolor físico siempre se olvida, o tal vez es tan fuerte que desaparece y lo que duele para siempre es el miedo” (117). La duplicación de la palabra “siempre” —usada con significados ligeramente distintos— no solo establece un lazo entre olvido, dolor y miedo, también apunta a un proceso de mutación del dolor y a un cambio en la temporalidad asociada con la violencia. El “siempre” asociado con el olvido del dolor físico es uno de repetición, de la inevitabilidad del ciclo de la violencia física. El “siempre” del miedo que duele es uno de permanencia, de una fuerza más allá del tiempo, de la memoria somática que irrumpe pasado, presente y futuro.

Las diferentes historias de violencia convergen hacia el final de la novela, cuando se descubre que el lago dentro de los terrenos del sanatorio para enfermos mentales de la localidad se utilizó para depositar los cuerpos de personas desaparecidas por el terrorismo de Estado. El descubrimiento llega a los lectores a través de dos fuentes. En un momento de claridad, Diego concluye que la alta presencia de químicos contaminantes en el agua tiene como origen la descomposición de cuerpos humanos:

Acabo de entenderlo, no son sólo fosfatos sino fósforo de origen humano lo que sale en todos los análisis que hemos hecho. Por eso están preocupados Aróstegui y sus socios. [...] Están en el lago, todos deben estar en el lago del manicomio. Los tiraron hace años, se sabía, pero no sabíamos adónde. [...] Es terrorífico, pero los hemos encontrado, Francois, después de tantos años los hemos encontrado. (226-227)

El que los cuerpos de los desaparecidos hayan permanecido ocultos en un lago mencionado a lo largo de la novela es uno de los procedimientos usados para la representación de lo ominoso, una cuestión que Emilia Deffis ha observado también en un grupo de novelas de la misma época. Como en el corpus analizado por Deffis, en *La edad del barro* la forma es también fundamental para hablar del horror sin mencionarlo. Aunque hay referencias explícitas a los desaparecidos, lo que predomina es un lenguaje de ausencias, de construcciones metonímicas a partir de los remanentes dejados por las víctimas de la violencia. Si Diego debe recurrir a las herramientas de la ciencia para resolver el misterio, Alejandro solo necesita detenerse a observar: “Había visto restos de cuerdas deshechas en la orilla, hilos más que cuerdas, roídos por el tiempo y por el agua, pedazos de ropa y de cuero, botones, trozos de zapatillas de goma” (227). Estos objetos fragmentados e incompletos no solo dan cuenta de las vidas destruidas sino también de las historias mutiladas y las verdades desconocidas. La anagnórisis en este caso viene de la mano de la esperanza de justicia y la satisfacción de finalmente conocer la verdad sobre los desaparecidos. Marie Rosier ha señalado cómo la desaparición es recurrente en las obras de Rosenberg, una figura que le “permite convocar al pasado y proponer una lectura memorística de la historia argentina reciente” (“Violencia” 197). De acuerdo con Rosier, la figura del desaparecido es particularmente poderosa, pues su ausencia visibiliza la violencia del Estado terrorista y la impunidad, “precisamente porque el silencio, el olvido y el miedo giran a su alrededor” (203). El de Rosenberg es un proyecto que apela a “el reclamo por la verdad” y “el imperativo de la memoria”, identificados por Hugo Vezzetti como dos de los tres componentes de la acción por los derechos humanos en la posdictadura (21). Al mismo tiempo reconoce que “la demanda de justicia” —el tercer componente— es todavía una tarea incompleta.

La edad del barro es una novela de transición, tensiones e interconexiones. Una novela de transición entre los siglos XX y XXI que al mismo tiempo señala la continuidad de procesos como la violencia política de la última dictadura argentina. En este trabajo he propuesto que la autora se vale de diversas estrategias para poner en evidencia las contradicciones de la ciencia neoliberal, desde la caracterización de los científicos hasta el cuestionamiento de la noción de progreso y su relación con modelos epistemológicos occidentales. Llamen la atención en particular los ecos en la obra de la llamada novela de la tierra. En cierta forma, la novela de Rosenberg se embarca en un proyecto crítico que revisita el género para disputar ideas del progreso enraizadas en concepciones positivistas. Esta obra de Rosenberg ayuda también a trazar un mapa literario más completo de la literatura argentina e hispanoamericana preocupada por cuestiones ambientales del siglo XXI. Al preceder a muchas de las obras contemporáneas que denuncian crisis e injusticias ambientales —algunas de las cuales han recibido una atención significativa de la crítica — *La edad del barro* contribuye a

tener una visión más amplia de este grupo y su genealogía para así entender mejor el papel de la literatura en la lucha contra las crisis ambientales de nuestro tiempo.

ISSN: 1523-1720
NUMERO/NUMBER 49
Julio/July 2023

CIBERLETRAS

BIBLIOGRAFÍA

Brecht, Bertolt. *Vida de Galileo. Madre coraje y sus hijos*. Traducido por Miguel Sáenz, Alianza Editorial, 2001.

Buschini, José y Mariana Eva Di Bello. "Emergencia de las políticas de vinculación entre el sector científico-académico y el sector productivo en la Argentina (1983-1990)." *Redes*, vol. 20, no. 39, 2014, pp. 139-158.

Clark, Meri L. "The Emergence and Transformation of Positivism." *A Companion to Latin American Philosophy*, editado por Susana Nuccetelli, Ofelia Schutte y Otávio Bueno. Wiley-Blackwell, 2010.

Clavijo-Tavera, Daniel. "Vida de Galileo, de Bertolt Brecht: el campo científico de una época y el papel del intelectual en tiempos de crisis." *Ánfora*, vol. 27, no. 49, 2020, pp. 43-66.

Cooper, Melinda. *Life as Surplus: Biotechnology and Capitalism in the Neoliberal Era*. University of Washington Press, 2008.

De Leone, Lucía. "Imaginaciones rurales argentinas: el campo como zona de cruce en expresiones artísticas contemporáneas." *Cuadernos de literatura*, vol. 20, no. 40, 2016, pp. 181-203.

---. "Campos que matan. Espacios, tiempos y narración en *Distancia de rescate* de Samanta Schweblin." *452oF*, no. 16, 2017, pp. 62-76.

Deffis, Emilia I. *Figuraciones de lo ominoso. Memoria histórica y novela posdictatorial*. Biblos, 2010.

DeVries, Scott M. *A History of Ecology and Environmentalism in Spanish American Literature*. Bucknell University Press, 2013.

Feld, Adriana. "Ciencia y dictadura en la SECyT y el Conicet: el modelo de política científico-tecnológica de la Revolución Argentina al Proceso de Reorganización Nacional (1966-1983)." *Ciencia en dictadura: trayectorias, agendas de investigación y políticas represivas en Argentina*, compilado por Cecilia Gárgano. INTA, 2015, pp. 35-62.

French, Jennifer L. *Nature, Neo-Colonialism, and the Spanish American Regional Writers*. Dartmouth College Press, 2005.

Gallegos, Rómulo. *Doña Bárbara*. 1929. Editorial Andrés Bello, 1983.

García Bustillos, Gonzalo. *De barro son los espejos*. Editorial José Martí, 1995.

BIBLIOGRAFÍA

Gutiérrez, Ricardo A. y Fernando J. Isuani. "La emergencia del ambientalismo estatal y social en Argentina." *Revista de Administração Pública*, vol. 48, no. 2, 2014, pp. 295-322.

Heffes, Gisela. "Toxic Nature in Contemporary Argentine Narratives Contaminated Bodies and Ecomutations." *Ecofictions, Ecorealities, and Slow Violence in Latin America and the Latinx World*, editado por Ilka Kressner, Ana María Mutis y Elizabeth M. Pettinaroli. Routledge, 2020, pp. 55-73.

---. *Políticas de la destrucción/Poéticas de la preservación: Apuntes para una lectura (eco)crítica del medio ambiente en América Latina*. Beatriz Viterbo, 2013.

Hoeg, Jerry. "The Landscapes of Venezuela: Doña Bárbara." *Reading and writing the Latin American Landscape*, editado por Beatriz Rivera-Barnes y Jerry Hoeg. Palgrave Macmillan, 2009, pp. 117-129.

Hurtado, Diego y Lautaro Zubeldía. "Políticas de ciencia, tecnología y desarrollo, ciclos neoliberales y procesos de des-aprendizaje en América Latina." *Universidades*, no. 75, 2018, pp. 7-18.

Juárez, Roxana. "Cuerpos abyectos, filiaciones aberrantes. El caso de La edad del barro, de Sara Rosenberg." *Encuidarte*, no. 6, 2021, pp. 112-119, <https://encuidarte.wordpress.com/numero-1-abril-2014/numero-6-julio-2021/>. Acceso 20 Sep 2022.

Lave, Rebecca, et al. "Introduction: STS and Neoliberal Science." *Social Studies of Science*, vol. 40, no. 5, 2010, pp. 659-675.

Leguizamón, Amalia. *Seeds of Power: Environmental Injustice and Genetically Modified Soybeans in Argentina*. Duke University Press, 2020.

León, Denise. "Las dos vidas de Julia o sobre *Un hilo rojo* de Sara Rosenberg." *Telar*, no. 2-3, 2005, pp. 115-123.

Martin, Claire E. "Theorizing Life: Argentinean History Recovered." *Life Writing: Autobiography, Biography, and Travel Writing in Contemporary Literature*, editado por Koray Melikoğlu. Ibidem-Verlag, 2012, pp. 253-262.

Ostrov, Andrea. "Violencia, representación y memoria en dos novelas de Sara Rosenberg." *Letras femeninas*, vol. 41, no. 2, 2015, pp. 82-98.

Reati, Fernando. "De padres muertos y enfermos: paternidades, genealogías y ausencias en la novela argentina de la posdictadura." *Literatura, política y sociedad: construcciones de sentido en la Hispanoamérica contemporánea*, editado por Álvaro Félix Bolaños, Geraldine Cleary Nichols y Saúl Sosnowski. IILI, 2008, pp. 169-187.

BIBLIOGRAFÍA

Rosenberg, Sara. *La edad del barro*. Destino, 2003.

Rosier, Marie. "Entre violencia y resistencia en la obra de Sara Rosenberg: una entrevista." *Gamma*, vol. 24, no. 51, 2013, pp. 197-201.

---. "Violencia política y resistencia en la obra de Sara Rosenberg: de Un hilo rojo a Contraluz." *Memorias en tinta. Ensayos sobre la representación de la violencia política en Argentina, Chile y Perú*, editado por Lucero de Vivanco Roca Rey. Ediciones Universidad Alberto Hurtado, 2013, pp. 196-212.

Sarlo, Beatriz. *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Siglo XXI, 2006.

Tittler, Jonathan. "Ecological Criticism and Spanish American Fiction: An Overview." *The Natural World in Latin American Literatures: Ecocritical Essays on Twentieth Century Writings*, editado por Adrian Taylor Kane. McFarland and Company, 2010, pp. 11-36.

Vezzetti, Hugo. *Pasado y presente: Guerra, dictadura y sociedad en la Argentina*. Siglo XXI, 2002.